



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

Diez cuestiones críticas en torno a la realidad del "Principio de la realidad" freudiano

Prof. Aquilino M. Polaino-Lorente

INTRODUCCION

La ciencia, con sus crecidas incensantes, parece un río desbordante y salido de su cauce natural, que amenaza con hacer baldías y yermas muchas buenas tierras. Con un alubión de términos que enseguida hacen fortuna cultural en la mente de tantos lectores, puede llegar a confundir el sustrato perenne de la realidad siempre cambiante.

La ciencia moderna comienza a gozar de un prestigio desmesurado. El hombre actual, sorprendido por lo vertiginoso de la revolución científica, e incapaz de comprenderla y criticarla, adopta una actitud creyente ante la misma. Pero su fe en la ciencia es una fe supersticiosa, en tanto que sin razonarla, se limita a repetir—como una máquina alto parlante—, los términos acuñados por aquélla.

En los pliegues de estas falsas creencias parece esconderse la utopía de un conocimiento ilimitado y sin fronteras, capaz de conseguirlo todo con el concurso de la técnica. De aquí que el hombre pueda convertirse en un fanático de la técnica.

En ocasiones, también el científico se entrega a su técnica, desdeñando

con cierta altanería a sus colegas, cultivadores del saber filosófico y crítico. Ante tanta injuria hecha a la realidad, parece conveniente que dediquemos un poco de nuestro esfuerzo, al esclarecimiento de algunos de estos problemas, en tanto que conducen al hombre a un relativo estado de desesperanza, cuya triste consecuencia bien pudiera ser una gran desilusión ante la ciencia.

Ya Goethe, desde la atalaya de sus conocimientos, presintió la situación contemporánea, vaticinándola en un lenguaje un tanto desgarrado: «La humanidad será más sabia y más penetrante —escribía—, pero no mejor ni más feliz, ni más activa. Presiento la llegada de un tiempo en que Dios le retirará su complacencia y deberá otra vez destruirlo todo para renovar la creación»¹.

Urge pues, criticar la ciencia para salvar a la ciencia. El científico técnico actual, corre el peligro de fijar demasiado su atención en las técnicas que manipula, despreciando los saberes filosóficos. Al trabajar de espaldas a los presupuestos filosóficos que están implicados en su quehacer científico, pondría en evidencia, desgraciadamente, la advertencia de Bergson, acerca de la existencia de

«postulados y fábulas lógicas que hay en los resultados de las llamadas ciencias positivas, especialmente cuando se aplican al sujeto humano, y de cómo la ciencia fabrica y agrega pseudohechos, de los cuales deduce lo que anteriormente había depositado»². Un campo en donde estas amenazas se pueden ver plenificadas, es sin duda alguna el de la Psicología.

La elección del tema de este trabajo —el principio de la realidad en Freud—, nos pareció, por eso interesante. Es la realidad, precisamente, la que está sufriendo las zozobras y embates de la ciencia actual. Y de todas las realidades, la más próxima a quienes ejercemos la Medicina, será siempre la realidad humana. Coinciden en ella razones de sobrada solvencia, provenientes de campos muy distintos, que creo justificarán cumplidamente la decisión de afrontar en este artículo el mencionado problema.

Nos proponemos pues, analizar, hasta donde nos sea posible, la realidad del *principio de la realidad*, en Freud. En el fondo, no pretendemos sino abordar aquí, desde el punto de vista de la Filosofía de la Naturaleza (aplicada al psicoanálisis), el valor que este principio pueda tener en relación con la realidad.

Conviene que desde un principio, sin embargo, admitamos el valor del esfuerzo realizado por Freud, en el intento de desvelar un mundo científico —el de su época—, enmarañado desde tanto tiempo por una concepción materialista y mecanicista de la Medicina.

Si su contribución consiguió iluminar viejas oscuridades, no llegó —preciso es reconocerlo—, al extremo de dar alcance al espíritu del hombre, verdadero desvelador de la auténtica realidad humana.

Interesa también, que asumamos el puesto de su perspectiva, pues

aunque la teoría psicoanalítica intentó la pretensión de llegar a ser eso, doctrina aplicada al hombre, su punto de partida fue científico y no filosófico. Aunque en sus últimos escritos parece proponerse metas más audaces, jamás consintió en dimitir de una perspectiva más modesta, la del estudio del hombre enfermo, escenario en donde comprobar a nivel experimental, lo verificable de sus teorías.

Parece por esto oportuno, que exponamos a continuación la base, el método y las conclusiones obtenidas por el primer psicoanalista, para intentar más tarde el análisis crítico, científico y filosófico de ellas.

La exposición desordenada de las teorías freudianas a lo largo de sus obras en lo referente a estos dos principios que después veremos, nos excusa de reproducirlas aquí de un modo sistemático. Nos limitaremos a espiar algunos de los textos más significativos del autor.

LA REALIDAD EN FREUD

a) *El principio del placer: El «homo necessitudinis» (El hombre como deseo irracional).*

El modelo sobre el que va a operar la metodología psicoanalítica será el hombre concreto y singular. Esta singularidad se hace más específica todavía, en cuanto que siempre trató con un hombre especial, el hombre enfermo, en el que usó además, como método epistemológico en exclusiva, la hermenéutica de lo irracional.

El hombre de que parte —por las estrecheces de la metodología empleada—, es un hombre mutilado —casi decorticado, me atrevería a decir—, en el que su horizonte ha sido

reducido a deseos irracionales, siendo el principal de ellos el sexual.

El hombre en el modelo freudiano, se hace sexualidad radical e irracional. Pero esta sexualidad no debe entenderse en el sentido trivial o trascendente, tal como hasta entonces venía sellando su uso.

En Freud, la sexualidad abarca a la totalidad espacial e infinita del hombre, así como su limitada temporalidad. La sexualidad es sinónima del placer, que es el eje fundamental en torno al cual se redimensiona y vertebra la vida humana como totalidad. El placer da sentido a la vida, considerada ésta como biología. El placer sexual será la forma más importante de placer; un factor que está omnipresente en todos los otros, siendo como lo determinante y el motor de la vida individual y colectiva.

La realidad humana y biológica no se entiende —deja de ser realidad—, cuando prescindimos del placer. De aquí que surja un principio, el del placer, según el cual se explica la corporalidad. El fundador del psicoanálisis dibujará por eso el esquema corporal —que resulta ser psíquico también de alguna forma—, teniendo sobre todo presente las zonas erógenas. Las cordilleras somáticas y psíquicas son levantadas en relación con este principio. El cuerpo tiene importancia en la medida que es señal del irracional deseo, subordinado al cual se hace significativo.

La «transignificación del cuerpo»³ —pura estructura química y mecanicista en esta versión—, cobra importancia escalonada según el grado de funcionalidad prestada al principio del placer.

De aquí las distintas etapas evolutivas de la psicología humana, en estrecha relación con la proyección erógena que se hace de las diversas áreas de su geografía corporal.

La realidad del hombre no puede ser otra, que esta necesidad de placer a la que tiende su psicología y biología conjuntamente. El *homo natural* deviene con Freud en *homo necessitudinis*⁴: he ahí la última y profunda realidad humana.

La vertebración de esta necesidad parte de un fundamento biológico, que al compás de ciertos principios evolucionistas —injertados en el costado de la teoría psicoanalítica— ascienden hasta alcanzar el estrato psicológico del hombre. De esta plataforma, la necesidad humana se erigiría en principio justificante de cualquier aspecto de la conducta humana. Toda actividad del hombre quedará teñida —a costa de adjetivarla y por tanto, de sustantivarla— de erotización⁵.

El descubrimiento de que los mecanismos del ser humano buscan el placer y se alejan del dolor, aparecen en el Freud maduro. Hasta 1911, no se publica de un modo explícito esta teoría —en un corto artículo titulado *Los dos principios del suceder psíquico*—, aunque se barruntaba ya en sus anteriores escritos sobre la neurosis, el chiste y la interpretación de los sueños.

b) *El principio de la realidad: El hombre resistido por la realidad.*

Una vez descrito el principio del placer, como principio dominador del hombre, pasa a explicar un principio contrario. La realidad pasa a ser el *principio de la realidad* que resiste al hombre, poniéndole un cerco insalvable a sus desmedidas necesidades y deseos.

Tal vez, pensó por eso, que la realidad desde el nacimiento, va adquiriendo paulatinamente, a medida que se va creciendo, mayor importancia, hasta modelar la estructura entera del

aparato psíquico. Los sentidos, la conciencia, la atención, la memoria, las acciones motoras, e incluso el pensamiento, se constituye —en su opinión—, desde la realidad.

Sólo escapa a su acción una parcela del aparato psíquico que se independiza de este modelado, y cuyo único árbitro sería el principio del placer.

A medida que el ser crece, y teniendo forzosamente que adaptarse a la realidad, el principio del placer será sustituido por el principio de la realidad. Probablemente este último principio gane todas las batallas, a excepción de una: la del sexo. Los distintos estratos de la personalidad se le irán sometiendo, pero el instinto sexual —núcleo en donde reside el principio del placer— jamás podrá ser vencido. Pero dejemos que nos explique él mismo la génesis del principio de la realidad. Dice así: «Sabemos que principio del placer corresponde a su funcionamiento primario del aparato anímico y que es inútil y hasta peligroso en alto grado, para la autoafirmación del organismo frente a las dificultades del mundo exterior. Bajo el influjo del instinto de conservación del yo queda sustituido el principio del placer por el *principio de la realidad*, que, sin abandonar el propósito de una final consecución del placer, exige y logra el aplazamiento de la satisfacción y el renunciamento a alguna de las posibilidades de alcanzarla, y nos fuerza a aceptar pacientemente el displacer durante el largo rodeo necesario para llegar al placer»⁶.

La batalla establecida por Freud, exige la participación de los dos principios. Esta dureza circundante —la realidad— aparece incluso cuando consideramos al hombre en soledad. Si se considera su condición social, los límites emergen de un modo todavía más trasparente. El hombre no

puede satisfacer ya el abanico imperioso de sus necesidades. Sus ambiciones biológicas son limitadas a un horizonte bastante modesto. Para satisfacer las necesidades más primitivas, el hombre ha de vencer las resistencias ofrecidas desde la realidad, a la vez que las propias, podríamos añadir, levantadas por el principio del placer en su propia naturaleza.

La brutal resistencia de la realidad sometería así al principio del placer. El constreñimiento operado por aquella sobre este, sería el vector determinante por el que se actuaría la razón en el hombre.

La oposición que la realidad hace al principio del placer, pone *en razón* al instinto. Y este *poner en razón* no significa sino haber alcanzado la misma realidad. La dimensión de *lo razonable* penetraría ahora, desde la realidad, al instinto libidinoso y ascendería hacia lo psíquico, surgiendo allí una razón humana concedora de la realidad.

DIEZ CUESTIONES CRITICAS

Una vez sentadas las bases del pensamiento freudiano, limitaremos nuestra crítica a diez razones, que exponemos a continuación.

1. Freud establece como sinónimos los deseos y lo irracional, hasta el punto de enfrentar lo racional (realidad) con lo irracional (deseo).

Aparte de que existen deseos, de los que el hombre es capaz de dar cuenta cumplida por hacerse cargo racionalmente de ellos (en cuanto que pensados racionalmente y elegidos libremente), habría que estudiar muy despacio esta ligereza metodológica que estructura al hombre en compartimentos estancos.

Conviene añadir, que existen otros deseos en el hombre (como los que en su camino desatienden las necesi-

dades placenteras), que además de plenificar la vida humana, dan sentido de su racionalidad.

Tales hechos no podrían justificarse a no ser de admitir una serie de vivencias propiamente espirituales que ejercitan sobre el sujeto una atracción tan fuerte, inmediata e incluso superior, a aquellas otras emanadas desde los planos inferiores de la corporalidad.

Los ejemplos, a este respecto, podrían multiplicarse indefinidamente, si pasamos revista a esa multitud de personas que vivieron con plenitud la vida del espíritu. Los centenares de personas, cuya vida fue puesta decididamente al servicio de ideales radicalmente espirituales no es un fenómeno social pasado. Al menos parece indemostrable que sea inviable hoy esa posibilidad.

Que el hombre es capaz de vivir sin hacer de la libido su norma de conducta, parece obvio. Y si esto es posible, no se explica —siguiendo los postulados freudianos— cómo pueda alcanzar esos objetivos libidinosos, sin sufrir además ninguna perturbación.

Tampoco se explica, por este camino, que el simple impulso libidinoso —por potente que sea—, pueda abrirse a la capacidad de conocimiento, a no ser a costa de desatender todos los principios lógicos hasta ahora alcanzados.

Ahora bien, una realidad descrita y estructurada de esta manera, será siempre una realidad subjetiva, que al reclamar para sí el puesto de principio racionante, se aleja todavía más de la realidad, como lo dado.

La realidad expresada en este principio no es más que un continuo enfrentamiento, una batalla constante llena de asperezas y afilamientos, cuyo objetivo es resistir al hombre en la omnipotencia de sus necesidades,

y cuya finalidad, no es otra, al parecer, que *desrealizar al hombre* (en cuanto que sujeto pasivo a las influencias del principio), y *desrealizar lo dado* (en cuanto que formalizado en un principio).

Llegados a este punto, lo que Freud no acierta a explicar, es el *cómo* de su descubrimiento del principio de la realidad. Porque si la realidad es tan batalladora como él nos indica, y si se constituye en sí en la medida que vence al principio del placer en el hombre, cabe concluir que esa realidad es imposible de subjetivar; su objetividad se conquistaría a base de conquistar ella misma al hombre, sujeto de su conocimiento.

Y al fin esa realidad no sería conquistada por el hombre, sino conquistadora del hombre.

Lo que dicho con otras palabras, la realidad sería sujeto activo del conocimiento, mientras que el hombre queda reducido a un objeto pasivo fecundado por ella —eso sí—, al precio de reprimir sus instintos libidinosos.

Aún admitiendo este proceso —se hace forzoso constatar la objetivación— cosificación del sujeto, en tanto que cognoscente—, la realidad freudiana sería impositivamente subjetivada; subjetivada *desde-sí* y desde el *afuera* del hombre.

Pero tampoco este parecer estar claro. No lo está, porque entonces Freud no hubiera podido llegar a la realidad del principio de la realidad. A no ser que la entrada en funciones de un extraordinario y curioso hado, hubiera sido exceptuado del principio descubierto por él.

Lo cuestionable de estas tesis —sin que hagamos de ellas una cuestión personal—, hacen sucederse un sin fin de preguntas, de las que sólo apuntamos a continuación algunas.

¿Llegó Freud a la realidad de su principio de la realidad, a base de reprimir el personal principio del placer? ¿No será tal vez, que el principio de la realidad, no es una realidad posible? ¿Que la realidad reducida a un principio, es una realidad subjetivada, precisamente desde su autor, y no desde el mundo que le rodeó?

Cualesquiera que fuesen las respuestas a estas preguntas, una cosa se alcanza sin demasiado esfuerzo: la teoría psicoanalítica sobre la realidad, demuestra sobradamente que la realidad no es como la concibió su autor; sino que precisamente por eso —porque no era así—, Freud pudo construir una teoría en la que la realidad quedaba cerrada en la formalización de un principio no probado.

2. La satisfacción del placer —tal como se trata en la hermenéutica freudiana—, es de suyo contradictoria. Al no serle dado de un modo gratuito la satisfacción de sus necesidades, el hombre, para conseguir la meta placentera, no tendrá más remedio que encaminarse venciendo dificultades ajenas (la realidad) y propias, puesto que la radicalidad del instinto al placer universal, será estorbado por el esfuerzo que supone la conquista del placer concreto.

El placer que el hombre busca es tan radical a la tesis freudiana, que sólo cabe homologarlo con la felicidad. Pero esta es sin embargo no admitida.

En consecuencia tenemos un placer (el que se posee en la situación base de donde se parte) coonestado necesariamente con el displacer supuesto en alcanzar un placer concreto que necesita ser satisfecho (el que se anhela poseer en la situación final). De donde se deduce la existencia de la libertad humana —negada en el

psicoanálisis ortodoxo—, al tener el hombre que elegir necesariamente entre uno y otro propósito.

De aquí también que el placer como tal, no pueda ser el motor último de la conducta humana, al menos de la del hombre normalmente constituido. Además de aceptarse la realidad del principio de la realidad como norma exclusivista de cada conducta, el hombre se desentendería de la realidad total y concreta. De este modo, desrealiza al hombre que queda vaciado de su específica realidad, estando tejida su conducta no desde él, sino impuesta por un principio que tampoco corresponde exactamente a las realidades extramentales.

3. En el fondo parece como si la realidad auténtica no interesara a Freud. Le importa más el principio de la realidad en la que ésta se convierte según la jerga del psicoanálisis. Pero tal principio, aunque designado como vincutivo de la realidad, de hecho escapa a ella, siéndole extraña. Al hacer prevalecer el término de principio (raciocinante, inverificable e indemostrado), sobre el de realidad, tal principio deja de ser real.

Quiero decir que la realidad del principio de la realidad no coincide ni puede superponerse con la connotación que está implicada en aquel principio. La realidad del principio no se convierte con el principio de la realidad.

Además el arranque de la tesis freudiana no procede del análisis (a posteriori) de la realidad humana, sino del a priori de su principio del placer. Su determinación no es vinculativa con la realidad misma, tal y como se da al hombre y en el hombre, sino precisamente desde ese a priori (no hecho evidente) de la concepción del hombre apoyada en el principio del placer.

El carácter fundante del mencionado principio, apenas si puede penetrarse. Lo real, en cuanto que nos es dado, es desplazado por otra clase de realidad; aquella que el autor impone desde su personal subjetividad.

4. Para conocer resueltamente la realidad se necesita una apertura en el horizonte vital del ser humano: conseguir un horizonte en el que pueda darse la conciencia de la finitud e insuficiencia personal (que no va en absoluto contra la propia naturaleza, sino que contrariamente le hace justicia). El modo natural del ser exige —para poder conocer la realidad— la autoconciencia de la lejanía e impenetrabilidad de la realidad no subjetivada: esto es, saber que no sabemos.

Puesto este desde el cual podremos lograr la contemplación atenta de las realidades circundantes y su desvelamiento, sin necesidad de convertir ese escenario en la batalla campal entre la realidad y el placer como sugiere Freud. Precisamente si esta lucha se estableciera, se haría presente lo pasional, enemigo tantas veces de la razón.

Parece insoslayable que en el conocimiento humano y en sus modos de apropiación de la realidad se dé el carácter de la transitividad (característica que está ausente en el pensamiento freudiano), que hace posible lo trascendental, alejando de sí simultáneamente, lo pasional.

Acaso la única dimensión que autoriza el encuentro del hombre con la realidad sea la del *homo generositatis*, que permite el acto de conocimiento, en el que además de rebasarse a sí mismo el sujeto cognoscente —al no querer *para-sí* la realidad alcanzada—, la sitúa en su lugar propio, reconociendo la condición de su ser genuino y de sus perfecciones en tanto que subordinadas a las perfecciones del Ser.

El otro camino propuesto por el freudismo, usurpa el ser a la realidad, en cuanto que lo recubre del vicio soberbio y subjetivo del *poseedor-de-cosas*.

Cuando la realidad toda se antropomorfiza libidinosamente, deviene en desrealidad, haciéndose imposible su desvelación.

La única persuasión que cabe es aquella de dejarse poseer por la realidad mediante una contemplación atenta y cuidadosa. Poseer la realidad a golpes de instinto, es no dejarse penetrar por ella, consiguiendo que se aleje huidiza, y abandone en el usurpador sólo la envoltura subjetivada que éste puso.

5. Por otra parte, la realidad observada es modificada incesantemente por el observador, sobre todo, cuando se trata además de una realidad perteneciente al campo de la psicología humana. De aquí que como escribe Strobl, «a mi entender, se trata, ante todo, de advertir claramente la vinculación integral y estructural del todo, de modo que en su entramado ningún miembro pueda ser aislado hasta el punto de poder ser considerado como existente fuera de la realidad relacional»⁸.

Karl Friedrich von Weizsaecker, había entrevisto el problema desde muchos años atrás, al comprobar que sus instrumentos de medida, aplicados a la física atómica, interferían la misma observación de la realidad⁹.

Y si esto ocurre en el campo de la física ¿será posible afirmar que en el método psicoanalítico no suceda este fenómeno de un modo exageradamente ampliado? El análisis de la transferencia jamás podrá ser un método *neutral*, de investigación. En cualquier metodología que use de la interacción psicológica de persona a persona, lo que el observador creará registrar como realidad, no será otra cosa que la dinámica vertiginosamente

te cambiante de la relación observador-observado.

Que esta dinámica de infinitos rostros, logre aliviar a ciertos enfermos e incluso promover su curación, no autoriza a llamar científico dicho método. Esta conclusión tal vez nos lleve más lejos.

Algunos psicoanalistas reclaman para sí el título de investigadores *neutrales*, en tanto que están *descomprometidos* con cualquier presupuesto axiológico. Ahora bien, esta postura de descompromiso vital, ¿acaso no supone ya un modo de compromiso? Además por mucho que el investigador renuncie a comprometerse con determinados valores, nunca podrá renunciar a la personal actitud gnoseológica y ontológica-metafísica específica de su persona, su época histórica, o su *Weltanschauung*.

Los autores que se han ocupado del sofisma de la neutralidad metodológica en las ciencias positivas, forman un elenco bien apretado.

A la pregunta de si el conocimiento de la realidad «se funda tan unilateralmente en el objeto», estando vinculado a su esencia de un modo tan causal y externo que se pueda decir que el mundo es totalmente indiferente a lo que el hombre piensa de él¹⁰, cabría la posibilidad de contestar con Hermann Krings, que «no puede ser indiferente para las cosas, los seres vivientes y los hombres, si nosotros pensamos y cómo pensamos. En el pensamiento filosófico se lleva a cabo en todo momento una cosmogonía, no en el sentido físico, sino en el metafísico¹¹».

Medard Boss, lo ha dejado escrito de un modo transparente: «En la base de toda ciencia hay siempre una concepción del mundo, una *Weltanschauung*, una idea, aunque vaga, de la naturaleza de las cosas. Todas las conquistas científicas ulteriores no hacen más que diferenciarlas y precisarlas. Y nunca una *Weltanschauung*,

es el resultado secundario, *objetivo*, de una ciencia *sin a priori*»¹².

De aquí que sea aconsejable por tanto, que en la tarea investigatoria, el observador, *no reprima* —para utilizar la terminología freudiana— esos puntos de partida, por otra parte irreducibles. Negarlos, para afirmar la pretendida *neutralidad científica*, sería algo tan imposible como tratar de poner «puertas al campo». Una solución, para que estas contradicciones, dejasen de darse, podría ser, que el científico reconociese los presupuestos teóricos-filosóficos, sobre los que asienta su ciencia.

Realidad ésta última, casi siempre negada por los investigadores del hombre, que han olvidado demasiado pronto —en nuestra opinión—, los presupuestos filosóficos implicados en la realidad científica a la que dedican sus mejores energías.

Sin esta fundamentación, ninguna ciencia podrá sentirse segura de sus conclusiones, porque al rechazar lo fundante de las mismas, renuncian a «hacer pié» en su propia casa.

Toda ciencia presupone su respectiva teoría. De aquí también la grandeza y la miseria de la filosofía. Su libertad e independencia —como ciencia inaplicada por excelencia—, su descompromiso con todo saber humano, podríamos añadir, le sitúa en un puesto más avanzado, para desde allí fundamentar la finitud de los saberes humanos. Al no depender de ninguno, se constituye en lo fundante de todos.

6. Otra pregunta a contestar, como Strobl escribe, sería: ¿Bajo qué condiciones es posible una *objetivación científica*? El autor las resume en las dos siguientes:

a) «*La condición necesaria* —esto es: la condición mínima, pero todavía no suficiente— es que el contenido de los resultados científicos objetivos encaje sin contradicción ló-

gica alguna con el *conjunto total* de nuestras percepciones y experiencias».

b) «*La condición suficiente*, en cambio —esto es: la condición máxima, pero no necesaria— es que el contenido de los resultados científicos objetivables *explique* por lo menos una parte de los fenómenos observados —en el caso igual: que explique el mundo percibido en su totalidad».

«Explicar se entiende aquí en el sentido científico-racional; a saber: hacerlo comprensible a nuestra inteligencia»¹³.

Jaspers ha sabido abundar muy bien en lo que aquí decimos. Nos permitimos citarle con generosidad en honor de la claridad de su exposición, y de la oportunidad en relación con el tema que estamos tratando.

«El pensamiento próximo de que lo psíquico es el dominio de la comprensión, lo físico el dominio de la explicación causal, es falso. No hay ningún proceso real, sea de la naturaleza psíquica o física, que no sea accesible en principio a la explicación causal; también los procesos psíquicos pueden ser sometidos a la explicación causal. El conocer causal no encuentra jamás sus límites. En todas partes preguntamos, también en los procesos psíquicos, por las causas y los efectos. La comprensión en cambio encuentra fronteras en todas partes. En la confusión de las relaciones comprensibles con relaciones causales se basa la inexactitud de la pretensión freudiana de que *todo* en la vida psíquica, que todo proceso sea *comprensible* (determinado con sentido). Solo se mantiene la exigencia de la causalidad ilimitada, no la pretensión de comprensión ilimitada.

De este error depende otro. Freud hace, a partir de relaciones comprensibles, teorías sobre las causas de todo curso psíquico, mientras que el comprender, según su esencia, no puede conducir nunca a teorías;

en cambio las explicaciones causales tienen que llevar siempre a teorías (la interpretación comprensiva de un proceso psíquico aislado —sólo puede darse tal interpretación aislada— naturalmente, no es ninguna teoría)»¹⁴.

A ello habría que añadir que la comprensión no alcanza la realidad total, sobre todo si tenemos en cuenta lo frecuente de la comprensión a través de *modelos* —construidos ajenamente a la realidad—, tan prodigados en el campo de las ciencias sociales y del hombre.

7. Desde el punto de vista estrictamente científico, habría que examinar las condiciones necesarias en el planteamiento de toda hipótesis, para ver si éstas se cumplen en el principio de la realidad.

Bunge¹⁵, ha logrado resumir en las tres proposiciones siguientes, las condiciones para que una hipótesis sea planteada de un modo científico.

1. «Las hipótesis tienen que ser bien formadas (formalmente correctas) y significativas (no vacías, semánticamente hablando).»
2. «La hipótesis tiene que estar fundada, en alguna medida, en conocimientos previos; y si es completamente nueva desde ese punto de vista, tiene que ser compatible con el cuerpo del conocimiento científico.»
3. «La hipótesis tiene que ser empíricamente contrastable mediante los procedimientos objetivos de la ciencia, o sea, mediante su comparación con los datos empíricos controlados a su vez por técnicas y teorías científicas.»

Ninguno de estos principios son empleados en el proceso psicoanalítico expositor de los principios del placer y de la realidad.

Pues si nos atenemos a como Freud explica su metodología, enseguida se echa de ver su insuficiencia. «El verdadero principio de la actividad científica consiste más bien en la descripción de los fenómenos, que luego son agrupados, ordenados y relacionados entre sí..., la verdadera base de la ciencia es únicamente la observación» (Freud, Obras completas, págs. 1.027 y 1.077, tomo I, Ob. cit.).

El fenomenismo en que cae debe ser criticado, a no ser consintamos en dar validez a aquellas posturas cerradas del positivismo.

Pannekoek, desde una cumbre antipositivista se atreverá a escribir con razón, «Nach diesen Zusammenhängen zwischen Gesets und Natur ergibt sich eine bestimmte Antwort auf die Frage, die Carnap auf dem Pragem Kongress stellte: 'Können wir mit Hilfe irgendeines Schluss-Verfahrens aus dem, was wir wissen, auf etwas Neues schliessen, das in dem Gewussten nicht schon enthalten ist?'. Die Antwort ist: Ja, freilich, jede theoretische Aussage, wie die eines Gesetzes, enthält mehr als in den vorher gegebenen Tatsachen lag. Tatsachen, Erscheinungen sind noch keine Wissenschaft, sondern nur Material dazu. Wissenschaft werden sie erst in der Gestalt der allgemeinen Regel, des Gesetzes, das aus ihnen gezogen wird»¹⁶.

La ciencia, pues, no puede reducirse a un desordenado montón de hechos y observaciones. Una cosa es el alimento y otra muy distinta —podríamos decir—, la carne alimentada. El material del que se alimenta el científico es *todavía-no* un saber científico, que siempre supondrá la introducción de un nuevo elemento imposible de superponer o identificar con el fenómeno concreto que como dato importante estimula el espíritu.

Tan es así, que identificados en este punto con el pensamiento de Zu-

biri, nos atrevemos a transcribir sus palabras: «En todo caso, el fenómeno como objeto de la ciencia, implica la alusión esencial a alguien ante quien aparece y sin el cual habría ciertamente existencia real, pero no un aparecer»¹⁷.

Más tarde, Freud, en una publicación aparecida en 1920, realizada precisamente sobre el principio del placer («Más allá del principio del placer», 1920), —bajo un ropaje que intenta ser científico—, escribe:

«En la teoría psicoanalítica *suponemos* que el curso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el principio del placer; esto es, *creemos* que dicho curso tiene su origen en una tensión displaciente y emprende luego una dirección tal, que su último resultado coincide con una minoración de dicha tensión y, por tanto, con un ahorro de displacer a una producción de placer»¹⁸.

Obsérvense los términos subrayados por nosotros. Freud intenta coonestar los conceptos de *principio* (que connota una resonancia científica vaga), con operaciones como *suponemos* y *creemos* (que connotan un estado de mera opinión). Casi pudiera aplicársele aquello que escribiera Kant (en el prólogo de la 2.ª edición de su *Kritik der reinen Vernunft*, pág. XXX), para tratar de comprenderlo: «Yo debí desplazar el saber, para hacer sitio a la fe». Cuando la fe es desalojada del horizonte vital del investigador, al parecer, aquella intenta encubrir de alguna forma el misterio aún no desvelado de ciertas realidades científicas.

8. La realidad científica es aprehendida en tanto que esa tarea de aprehensión se comparte con otros científicos. Pero resulta que estos principios tan transparentemente expuestos por Freud como realidades vivas, hoy apenas si los comparten algunos de sus seguidores. Ni en el

ámbito del psicoanálisis ortodoxo, ni mucho menos en el del culturalista, por ejemplo, la aceptación de los mismos se muestra tan radicalizada como en el caso de su detentador. Aparte de que muy cercano a su desvelamiento, la aceptación o no de estos principios, supone no pocos cataclismos en el incipiente movimiento psicoanalítico.

Desde el punto de vista que pudiéramos llamar con Jaspers el «principio de comunicación», tampoco parecen fundamentados los resultados de la investigación freudiana. Y es que como escribe Eduardo Nicol, «sin el tú, sin el otro yo, no hay mundo. La comunidad del ser y la comunidad de la razón son los dos principios cuya interdependencia logra integrar lo objetivo y lo subjetivo en la fundamentación de la verdad»¹⁹.

La comprobación de lo aquí afirmado resultaría obvia de repasar someramente una historia sencilla de los descubrimientos científicos.

Es curioso que, casi siempre, investigadores de latitudes muy lejanas, hayan encontrado sincrónicamente la razón de un idéntico fenómeno; y no es infrecuente que incluso hayan llegado a él por metodologías muy diversas.

Esta consideración nos obliga a meditar en la necesidad de que cualquier hallazgo científico sea comprobado por otro, antes de su lanzamiento y divulgación. La constitución de estos dobles o tripletes de investigadores críticos y personalizados, tendrían por misión patentizar lo adquirido en la investigación, fijando y penetrando más fecundamente la realidad estudiada.

Como escribe mi maestro Strobl, «un ejemplo bello de la verdad entre los dos es la colaboración fecunda de Werner Heisenberg y Wolfgang Pauli,

para hallar el enfoque definitivo de la *fórmula universal*, esperando siempre la crítica del otro».

La coincidencia de los resultados obtenidos en laboratorios dispersos —a la que tan acostumbrados estamos, por ejemplo, los médicos—, no puede ni debe ser interpretada como un hecho baladí o un fenómeno fortuito. Invocar como posible justificación al destino, parece infundado.

Lo que tal vez sea más importante, es la contemplación del marco cultural en cuyo escenario emergió el resultado investigado. Acaso exista ese «algo», que pudiéramos llamar «esfuerzo civilizador», capaz de unir a hombres lejanos en tareas comunes, sin, por otra parte, conocerse personalmente.

Pues bien, todos estos datos aún siendo marginales, no se encuentran en la obra de Freud. Hemos calificado a la hermenéutica aquí apuntada de marginal. Probablemente no lo sea tanto si se considera el problema desde otro ángulo. Se trata de evitar en lo posible, que en el quehacer investigador, el estudioso haga baldío su trabajo por una tentación muy común en estas tareas: la de trascendentalizar el yo.

Tanta pasión se pone a veces en el buceo de la escondida realidad, que el observador puede estrechar su horizonte existencial, cerrándose a la realidad envolvente —por una actitud pasional que se vivencia y confunde con la experiencia de lo trascendente—, y abriéndose a su realidad íntima, es decir, a los contenidos que su fantasía —ahora radicalizados por tanto esfuerzo— ocupan el centro del campo de su conciencia.

Se introduciría en gran medida aquella actitud de Protágoras, mediante la cual intentaba hacer el cosmos a la medida del humano que lo conciba. Y es que «tampoco puede el

pensamiento crítico —diría Strobl— desligar totalmente tales aspectos y perspectivas de su vinculación al sujeto, e hipostasiarlos como algo absoluto, dotado de una objetividad, que se afirma en sí misma independientemente de la conciencia (según la orientación que Erich Becher llamó *realismo crítico*²⁰, pues semejante intento, al desbordar el horizonte del saber humano hacia la trascendencia de un saber total absoluto, convertiría al hombre en la medida de todas las cosas»²¹.

9. Ante esta crisis de la realidad en psicología, cuyas consecuencias son padecidas también hoy, por algunos de los especialistas dedicados a este campo, parece oportuno recordar aquí algunos de los autores que contribuyeron a hacer más transparente la realidad de esta ciencia, dibujando con mano segura —en la medida que los conocimientos de su época se lo permitían— las fronteras de su objeto.

Son clásicos los estudios de Jacob von Uexküll²² —que debieran medirse hoy con un espíritu nuevo— en relación con el mundo circundante (*Umwelt-Forschung*) del que ahora tratamos. A través de un sin fin de investigaciones biológicas llegó a demostrar, que a cada animal le pertenece un mundo propio muy diferente al de las otras especies. Este modo de pertenencia específica está determinada no sólo por la constitución de sus receptores, sino también por el grado de su sensibilidad y por el modo de su naturaleza. Uexküll, que supo también del relativismo científico de su tiempo, llegó a decir con cierta ironía: «Eine wissenschaftliche Wahrheit est nicht anderes als die Summe der Irrtümer von heute»²³.

Pero supo llegar a demostrar, sin embargo, las formas de la realidad acu-

ñadas en los conceptos de *Umwelt*, *Mitwelt* y *Eigenwelt*.

Karl Ritter von Frisch (Munich) y Adolf Portmann (Basilea)²⁴, han continuado las investigaciones de Uexküll con mucho fruto.

En este mismo sentido —el de la realidad como comunicación sujeto-objeto— se hace imprescindible citar aquí los trabajos de Richard Woltereck²⁵, sobre la «interioridad inmaterial del ente viviente», «conceptos de los que la biología moderna no puede prescindir —dice Strobl— para poder explicar la causalidad totalitaria e integral que domina en el reino de la vida»²⁶.

La confirmación de estos conceptos ha sido plenamente realizada, por ejemplo, por los trabajos investigatorios acerca de la *clave genética*, por Severo Ochoa.

Saliendo de la pura biología, también estos conceptos han trascendido el mundo de la física. Así, Planck con su concepto de totalidad, explicado en el siguiente fragmento: «Eso significa che per comprendere completamente le leggi di un fenomeno ottico non vasta osservare i processi fisici nei luoghi dove la luce origina e si propaga, ma bisogna anche esaminare i caratteri del processo di misurazione, perché gli strumenti ottici di misura non sono soltanto ricevitori passivi..., man prendono parte attiva al processo misurazione el esplicano sul suo risultato un influenza che è un tutto unico col sistema fisico osservato»²⁷.

Sería injusto que diésemos por acabada esta suscita enumeración del pensamiento de los autores principales, sin reclamar la atención del lector sobre la obra de Viktor von Weissaecker, de tanta significación a este respecto. En su libro *Der Gestaltkreis*, expone una fecunda teoría so-

bre la unidad del percibir y del mover (*Theorie der Einheit von Wahrnehmen und Bevegen*), en la que se dan cita soluciones científicas adscritas a la fisiología, psicología y patología médicas que han sido cumplidamente probadas en el campo de la patología psicosomática²⁸. Sus afirmaciones traen una cierta paz sobre la guerra establecida por Freud entre los principios ya citados. Dice Weizsaecker: «Las observaciones de la *localización egocéntrica* y de la *proyección objetivadora*, etc., demuestran totalmente lo contrario: a saber, que el original de la percepción constituye un encuentro casi paritario del yo y su objeto, encuentro que procede de su coherencia, no de su oposición en dualidad».

Todo esto nos lleva a preguntarnos con Strobl, si existe un *Anthropocosmos* —término introducido felizmente por Hermann Friedmann²⁹—, en el sentido de un «mundo común para todos los hombres», o si más bien hay tantos mundos diferentes —individuales y subjetivos³⁰— cuantos hombres y grupos sociales hay».

La pregunta lanzada al aire puede llegar a inquietarnos y tal vez logre hacer tambalearse esa seguridad y dogmatismo del falso academicismo, a la que tan acostumbrados estamos. Si respondiéramos negativamente, parecería estar claro que tanto el principio del placer, como el de la realidad, no acaban de encontrar su apoyatura filosófica a pesar de no encontrarla tampoco en la ciencia. Las experiencias de estas últimas décadas, nos aproximan más bien, a una contestación del tipo de la negación.

10. Posiblemente la justificación válida del freudismo en este punto, nos venga del lado de las posiciones psicologistas explicadoras de los fenómenos en la medida que caen dentro del campo subjetivo del investigador.

Entrarían aquí más bien, actitudes emanadas de las ambiciones y nobles apetencias de la inteligencia humana —siempre pronta a quedar satisfecha, explicándose todas y cada una de las realidades—, que de aquellas otras vinculadas al orden ontológico, y tendente a mostrar la transparencia realista.

En el primer caso, la inteligencia funciona con modelos, cuya comprobación se deja exclusivamente al cuidado de la explicación subjetivista, dándolo por válido cuando ésta queda satisfecha.

A este respecto Freud hubiera podido hacer suya la vieja frase que tantas veces repitiera Lord Kelvin al final de su vida, «I never satisfy myself until I can make a mechanical model, I can understand it. As long as I cannot make a mechanical model of thing all the way through I cannot understand it».

Es muy fácil, caer en estas trampas del modelo, porque puesto aquél, el investigador está muy tentado —como ha puesto en evidencia la Psicología de la *Gestalt*— de cerrar el sistema de sus investigaciones mediante la enunciación de una ley universal. Pero en estos casos, las leyes que se enuncian no son universales, sino que su finalidad responde a una notoria particularidad, la del deseo de cerrar el modelo construido para la investigación, que quizá llevaba demasiado tiempo inacabado.

De todas formas, y sin llegar a la radicalidad de Jaspers³¹ —que tildó al psicoanálisis de ser una psicología popular y mitológica, cuyo conenido era una simpleza racional de pobreza infinita—, sí que nos atreveríamos a poner en entredicho la realidad del principio de la realidad. Estamos mucho más seguros a este respecto, de la necesidad de los saberes filosófi-

cos a la hora de las investigaciones psicológicas que pretenden ser de gran altura.

«Cada genio metafísico —escribía Dilthey— expresa en conceptos un aspecto de la realidad que no había sido contemplado hasta entonces de esa manera. Este aspecto lo vive él en una experiencia metafísica. Desde el punto de vista biográfico se compone esta experiencia de una serie de vivencias, pero se convierte en una vivencia filosófica cuando aprehende dentro de las primeras *un contenido objetivo universal*. La energía de la

vivencia aliada a la aptitud inherente a ella de captar en actitud impersonal su contenido objetivo universal es lo que constituye el genio del metafísico»³².

Lo que faltó a Freud, tal vez, fue aprehender entre sus vivencias ese *contenido objetivo universal*, y esto, probablemente, por una ausencia de formación filosófica a pesar de su vastísima erudición.

En este punto, grandes psicólogos, ya lejanos en el tiempo (W. James³³), o ya próximos (V. Frankl³⁴), siempre estuvieron de común acuerdo.

N O T A S

- (1) Citado por Karl Jaspers, *Die geistige Situation der Zeit*, pág. 17.
- (2) Citado por J. Guilton, *Jésus*, ed. Grasset. París, 1956, pág. 37 y ss.
- (3) Cfr. Jakob von Uexküll, *Theoretische Biologie*, 2.ª ed. Berlín, 1928.
- (4) Tomado de Syonis Mascolo, *Le communisme*, Gallimard, París, 1953, p. 8.
- (5) H. Marcuse es el autor de la modernidad, que ha intentado llevar a cabo en este punto, las consecuencias implicadas en el pensamiento de Freud, no sin ser infiel al fundador del psicoanálisis, al buscar la conexión entre las ideas marxistas y las freudianas, imposibles de coherencia.
- (6) Freud, *Obras Completas*, Tomo I, pág. 1.089.
- (7) Término acuñado por D. Francisco Beltrán. Comunicación personal.
- (8) Wolfgang Strobl, «La realidad científica y su crítica filosófica». Edit. Eunsa, Pamplona, 1966, pág. 55.
- (9) Cfr. Karl F. von Weizsaecker, *Das Verhältnis der Quantenmechanik zur Philosophie Kants*.
- (10) Nicolai Hartmann, *Das Problem des geistigen Seins*, págs. 99 y ss., *Metaphysik der Erkenntnis*, págs. 33 y ss., *Ontologie*.
- (11) Hermann Krings, *Meditation des Denkens*, München, 1956, págs. 59 y 74.
- (12) Medard Boss, *Introduction à la Médecine Psychosomatique*, P. U. F., París, 1959, pág. 6.
- (13) Strobl. Ob. cit. págs. 40 y 41. El subravado es nuestro.
- (14) Karl Jaspers, «Psicopatología General», B. A., 1966, pp. 352-355.
- (15) Bunge, M., «La investigación científica». Barcelona, 1969, págs. 32 y ss.
- (16) Panne Koell, *Das Wesen des Naturgesetzes*, en *Erkenntnis*, 1933, pág. 392.
- (17) Zubiri: «Naturaleza, historia, Dios». (Véase *Ciencia y Realidad*, págs. 98 y 99).
- (18) Freud. «Más allá del principio del placer». 1920.
- (19) Cfr. E. Nicol, «El problema de los principios de la ciencia». Rev. Atlan, Madrid, 1964, núm. 11, pág. 469, columna 2.
- (20) Erich Becher, *Naturphilosophie*, en *Die Kultur der Gegenwart*, 1914, p. 70.
- (21) Strobl, Ob. cit. pág. 65.
- (22) J. von Uexküll, *Enseñanza*, Postdam 1930. *Theoretische Biologie*, 2.ª ed, Berlín, 1928.
- (23) «Una verdad científica no es otra cosa que la suma de los errores actuales».
- (24) A. Portmann, *Biologie und Geist*, Zürich, 1956; *Neue Wege der Biologie*, Piper München, 1961.
- (25) *Ontologie des Lebendigen*, Stuttgart 1940.

- (27) Planck. *La conoscenza del mondo fisico*. pág. 281.
- (28) Muy interesante en relación al tema aquí debatido, es la exposición que Weizsaecker hace del pensamiento heideggeriano sobre la física, en su colaboración a la obra «Martin Heidegger Einfluss auf die Wissenschaften», A. Franke Verlag, Bern. 1944.
- (29) Hermann Friedmann, *Anthropokosmos*, Ed. Beck, München, 1948, págs. 251, 464. *Epilegomena* (diagnóstico de la época científica). Ed. Beck, München, 1954.
- (30) Llamado *Gegenwelten* —contramundos— por Otto B. Roegele, (Catedrático de la Universidad de München), en cuanto que se distingue del único mundo de la verdad, que es sobrehumano.
- (31) Jaspers, ob. cit.
- (32) W. Dilthey: «Hegel y el idealismo». Fondo de C. Económ. Méjico 1944, página 65.
- (33) «Debo confesar que desde la publicación de mi libro, me he convencido de la dificultad de hacer psicología sin introducir en ella ninguna doctrina puramente filosófica.... Los grandes psicólogos deberán ser grandes metafísicos, porque así lo exige la naturaleza del problema filosófico». W. James, *Principi di Psicologia*, Milán, 1901.
- (34) «En todos los campos del saber está latente, conscientemente o no, una metafísica. El médico precisa de una formación, de una aclaración de los problemas metafísicos que la práctica diaria le plantea». V. Frankl, *Der unbedigte Mensch*, Viena, 1949.